

Pupilas negras...
— Calla y no sigas,
Que me atormentas.
Alma del alma,
¡Qué bien te acuerdas!

A CARLOS NOREÑA

(EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMER HIJO)

¡Ya coronó la dicha tus amores!
Un hijo tienes ya, que habrá nacido
Oyendo, cual los dulces ruiseñores,
Músicas en los aires y en el nido.

Sé que la madre de ventura loca
Cifra en él sus más dulces embelesos,
Y que en la fresca guinda de su boca
Acendra miel con lágrimas y besos.

Sé que á ti ya te enferman los sonrojos,
Pues cada extraño que en tu bien repara
Te dice que sus ojos son tus ojos.
Que en su cara de cielo está tu cara.

Y hablando la verdad, si se parece
A su progenitor, yo lo bendigo;

Ya verás cómo vive y cómo crece,
Y halla en cada mortal un buen amigo.

¡Todo igual á su padre! el mundo dice,
Y tú lo miras, y con tierno arrullo
Tu mano lo acaricia y lo bendice
Con infinito amor y noble orgullo.

Hoy tiemblas si en la cuna se menea,
Y tiemblas cuando duerme sosegado,
Y al ver que gesticula y pestañea
Dices en tu interior : ¿qué habrá pensado?

Ni la brisa sutil dejas que roce
Su frente angelical ; te ve y suspira,
Y dices con pasión : ¡ya me conoce,
Y ya me quiere hablar cuando me mira!

Habrás que verte cuando ufano pasas
Llevando al nuevo rey de tus amores,
En un coche de mimbres y de gasas
En triunfo por los anchos corredores.

Seguro estoy de que gozoso gritas
Cuando ves con qué gracia tu heredero
Alza al aire las blancas manecitas
Y agita el argentado sonajero.

Y que, por más que está recién llegado
Á tu hogar, venturoso cual ninguno,
Lo sueñas almirante y abogado,
Capitán general, sabio y tribuno.

Y lo miras del mundo en la faena
Desdeñando lisonjas y oropeles,
Y su mirada cándida y serena
Te habla de gloria, aplausos y laureles.

Siendo tan pequeñito lo ves hombre,
Y hasta pretendes inquirir ufano
Cómo pondrá las letras de su nombre
El jazmín diminuto de su mano.

Comprendo bien que el serafín te engríe,
Que con él van tus horas muy de prisa,
Y que miras á Dios si te sonríe,
Pues está todo el cielo en su sonrisa.

Miro á la joven madre en su recato
Cómo lo baña en su mirar sereno,
Y hallando en él tu amor y tu retrato,
¡Le da toda la savia de su seno!

Comprendo tu alborozo: en tu alma anida
El más augusto y santo regocijo;

¡Ser padre es ser devoto de la vida,
Porque toda la vida está en el hijo!

Hoy pensarás en todo; si te exalta
El más ciego furor, pronto al mirarlo
Exclamarás con miedo: ¡le hago falta!
¡Yo no debo por nadie abandonarlo!

Es nueva religión la que en él tienes;
Al verlo tu esperanza fortificas,
Y la mejor corona de tus sienes
Es el inmenso amor que le dedicas.

¿Nació para cantar? ¡destino santo!
No lo veré; mi vida se derrumba
Á un abismo sin fin; pídele un canto
Á mi cariño á ti, sobre mi tumba;

Dile que se estrecharon nuestras manos
Cuando viniste á honrar el suelo mío,
Que tú y yo nos quisimos como hermanos,
Que le amo mucho, y que me llame tío.

Que ha visto el claro albor de la existencia
En esa fecha llena de esplendores
En que mi patria ungió su independenciam
Con el grito del cura de Dolores.

¡Dios te vele esa joya de valía,
Tenga en el mundo mirros por alfombra,
Y que mañana puedan tú y María
Entrelazar sus canas á su sombra!

LO QUE NO MUERE

¿Suspiros?... ¡Aire!... ¿Lágrimas?... ¡Agua!
¿Insomnios?... ¡Nervios! Tenéis razón :
¡Y yo no duermo. llorando penas!
¡Y yo suspiro, sintiendo amor!

Seres felices los que ignoramos
Que amor, ternura, dicha y pesar,
Sólo son causas que determinan
Las secreciones del lagrimal.

Hay algo oculto, misterio santo,
De nuestra vida fuerza y poder,
Ignota llama, constante impulso
Que todos sienten, que nadie ve.

¿La sangre acaso? ¡callad, ilusos!
¿La sangre puede reír, llorar?
¿Guardan sus globos los pensamientos,
Las esperanzas, lo inmaterial?

¿Quizá los nervios? Hilos que llevan
Hasta el cerebro la sensación,
¿También transmiten los sentimientos
Que nos elevan buscando á Dios?

Duermo en la alcoba sola y oscura,
Y no es tan negra mi soledad,
Pues ya dormido, con otros ojos
Miro las formas de lo ideal.

¿En qué pupilas y en qué retina
Se graba el ángel que alcanzo á ver?
¿Por qué sin ojos mirarlo puedo,
Y estando mudo, le hablo también?

¡Sangre! No bastas para la mente.
Prestas al barro tinte y color;
Y de igual modo correr podrías
Dentro la estatua de Pigmalión.

Mas esté impulso secreto y vago
Que le llamamos sentir, pensar;
Que nos eleva, que nos contiene,
Que deja al barro, y al cielo va;

Esta secreta llama que encierra
Conciencia, juicio, talento, amor;
Que no se palpa, que no se mide :
La fe, la gloria, la inspiración;

No está en los nervios ni está en la sangre;
 ¡No! que si fuese materia vil,
 Cuando se duerme bajo la tumba,
 Con sangre y nervios quedara allí.

Eso es eterno. La ciencia, el arte,
 Reflejos suyos siempre serán.
 Fuera del alma ¡cuán pobres somos!
 ¡Todo se muere! ¡Todo se va!

BIBLIOTECA PARTICULAR
 DE LA
Srita. Felicitas Lozano
 PROFESORA DE CANTO.

Á MEJICO

EN LAS ÚLTIMAS DESGRACIAS DE ESPAÑA

Allá del revuelto mar
 Tras los secos arenales.
 Donde sus limpios cristales
 Las ondas van á estrellar;
 Donde en lucha singular
 Disputando á la Fortuna
 Las ciudades una á una,
 De sus guerreros al brío,
 Mostraron su poderío
 La cruz y la media luna;

En esa tierra encantada,
 Que esconde, en perpetuo abril,
 Las lágrimas de Boabdil
 En las vegas de Granada;
 Donde el ave enamorada

Repite entre los verjeles
 El canto de los gomeles,
 Y cuelga su frágilnido
 Del minarete prendido
 Entre ojivas y caireles;

Donde soñados ultraies
 Vengaron fieros zegries,
 Regando los alhelies,
 Con sangre de abencerrajes;
 Donde entre muros de encajes
 Y torres de filigrana,
 Lloró la hermosa sultana
 Amorosos sentimientos
 Á los rítmicos acentos
 De una trova castellana;

Allá donde nueva luz
 Alumbró, limpia y serena,
 Sobre la morisca almena
 Al símbolo de la cruz;
 En ese suelo andaluz,
 Cuyos cármenes hollando,
 Y en otro mundo soñando,
 Cruzaron en su corcel

La magnánima Isabel
 Y el católico Fernando;

En esa región que encierra
 Tantos recuerdos de gloria;
 En ese altar de la Historia;
 En ese edén de la tierra :
 No el azote de la guerra
 Infunde duelo y pavor,
 Ni causa fiero dolor
 El negro contagio inmundo;
 Que mira asombrado el mundo
 Allí otra plaga mayor.

Surgen allí tempestades
 Del suelo entre las entrañas,
 Y vacilan las montañas,
 Y se arrasan las ciudades.
 Escombros y soledades
 Son el cortijo y la aldea;
 La muerte se enseñoera,
 Y, en medio á tanta ruína,
 Se ve cual llama divina
 La Caridad que flamea.

Con sordo bramido el duelo

Todo lo enluta y recorre;
 Yace la maciza torre
 En pedazos sobre el suelo.
 Salvarse forma el anhelo
 De los espantados seres,
 Y hombres, niños y mujeres
 Las crispadas manos juntan,
 Y viendo al cielo preguntan :
 « Dinos, Dios, ¿por qué nos hieres? »

Recordando en sus delitos
 Las bíblicas amenazas,
 Van por las calles y plazas
 Confesándolos á gritos.
 Los corazones precitos
 Se niegan á palpar,
 Y todos ven transformar
 Al golpe del terremoto,
 En abismo el verde soto,
 Y en escombros el hogar.

Se abate el pesado muro
 Que adornó silvestre yedra,
 Y brotan de cada piedra
 Una oración y un conjuro.

No hay un asilo seguro;
 Ciérnese el ángel del mal;
 Cada fosa sepulcral
 Ábrese ante fuerza extraña,
 Y parece que en España
 Comienza el juicio final.

Y entre la nube sombría
 Que el denso polvo levanta,
 El coro terrible espanta
 De los gritos de agonía.
 Y entre aquella vocería,
 Con rostro desencajado,
 El padre busca, espantado,
 Con ayes desgarradores,
 El nido de sus amores,
 Entre escombros sepultado.

Convulsa, pálida, errante,
 Sobre el suelo que se agita,
 La madre se precipita,
 Por la angustia delirante;
 Vuela en pos del hijo amante;
 El rostro al abismo asoma,
 Lo llama llorando, y toma

Por voz del hijo querido,
La que acompaña el crujido
De un techo que se desploma.

En repentina orfandad,
Trémulos, las manos tienden
Los niños, que no comprenden
Su espantosa soledad.
Tan sólo la caridad
Velará después por ellos,
Curando con sus destellos
Su miseria y su aflicción :
¡Cómo no amarlos, si son
Tan inocentes, tan bellos!

¿Qué pecho no se conmueve
Ante cuadro tan sombrío,
Que el corazón más bravío
Á contemplar no se atreve?
Ante el infortunio aleve
¿Quién no es noble? ¿quién no es bueno?
¿Quién de piedad no está lleno,
Cuando es la virtud mayor,
Aun más que el propio dolor,
Sentir el dolor ajeno?

Manda ¡oh noble patria mía!
La ofrenda de tus piedades
Á las hoy tristes ciudades
De la hermosa Andalucía.
No es favor, es hidalguía;
Es deber, no vanidad.
Llaman otros Caridad
Á estos óbolos del hombre;
Tienen nombre, sólo un nombre :
Se llama Fraternidad.

Con tierno entusiasmo santo,
Mezcla ¡oh patria amante y buena!
Esa pena con tu pena,
Ese llanto con tu llanto.
Si al mirar ese quebranto,
Tu triste historia repasas,
Verás que angustias no escasas
Pasó, entre llantos prolijos,
Por amparar á tus hijos,
Bartolomé de las Casas.

EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron
En medio del fragor de la batalla,
Dadme la voz de las azules ondas
Que del indiano mar las costas bañan.

Dadme el rumor del viento que sacude
Los viejos ahuehuetes del Anáhuac,
Cuando de noche en el sagrado bosque
Surgen los manes de la edad pasada.

Desde el león espanto de la selva,
Hasta las cumbres en que duerme el águila,
Del cielo al mar y del hogar al nido,
En la alcoba lo mismo que en la rama,
La madre llora por el hijo tierno
Que la implacable muerte le arrebató.

Se enluta el nido cuando el ave muere,
Al arrancar la perla cruje el nácar
Y cruje cuando el hierro abre la veta,
El abrupto peñón en la montaña.

Desde el espacio azul al hondo abismo
Que la tiniebla pavorosa guarda,
Todo en amor palpita y todo sufre,
Todo ante el paso de la muerte calla.

Estas praderas que con rayos de oro
El sol de Agosto fecundante baña,
Donde el silvestre cardo eriza hojas
Con blancas flores adornando esmalta;

Estos campos que viste primavera
Con sus ricos tapices de esmeralda,
Fueron en tiempo de invasión injusta
Ensangrentados campos de batalla.

En ellos como altivos gladiadores
Que al ancho estadio con su arrojo pasman,
Lucharon desde el niño hasta el anciano
Con fe de Atenas y valor de Esparta.

¡Diganlo aquellos muros carcomidos
Que el ya desierto monasterio guardan
Y en cuyos tristes largos corredores
Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!

Díganlo á todos con idioma augusto
Las negras bocas de arcos y ventanas,
Por las cuales sembrando luto y muerte
Entró la lluvia de extranjerías balas.

Nunca llaméis derrota al heroísmo,
La luz no sirve si los ojos faltan,
Y aquí sólo llegaron los extraños
Cuando faltó la pólvora en las armas.

Tendió la noche sus heladas sombras
Y sobre el ancho campo de batalla,
Fúnebres asomaron las estrellas
Brillando en el espacio como lágrimas.

Sabemos ya los nombres de los héroes,
Sus nobles hechos nuestra historia guarda
Y su grandioso ejemplo imitaremos
Si nuestro suelo el invasor profana.

No llanto femenino sobre sus tumbas
Los ojos melancólicos derraman,
Laurel y encina cubrirán las losas
Que tantos restos en silencio guardan.

Los que vivís aún desde aquel tiempo,
Alzad las frentes sin rubor ni mancha,
Cual los sabinos del sagrado bosque
Que al cielo elevan sus brillantes canas.

Llevadnos á jurar sobre las fosas
De los mártires mil de esta jornada,
Llevadnos á jurar con noble aliento,
Que la bandera hermosa y sacrosanta

Que el pueblo esclavo presintió en Dolores
Y el pueblo libre tremoló en Iguala;
Esa bandera con que pudo altivo
Proclamar la República Santa Anna,
Con la que en Veracruz venció á los galos
Y allá en Tampico derrotó á Barradas;

La bandera preciosa con que Juárez
Salvó la independencia mejicana,
La gloriosa bandera que da sombra
Á tantas glorias de la edad pasada;

Llevadnos á jurar que será siempre
Grande, feliz, espléndida, sin mancha,
Lo mismo ante los pueblos de la Europa
Que ante la gran familia americana.

Siendo ese juramento en este instante
La oración á los muertos por la patria.

20 de Agosto de 1891

NI VIVA NI MUERTA

Es blanca, rubia, de contornos puros,
Cual si fueran labrados por Cellini.
La vi, me enamoré, dí veinte duros,
Y la mandó á mi casa *Pellandini*.

Está con traje azul, el solo traje
Que me causa inquietudes y desvelos,
Porque con él el rostro es un celaje
Prendido en las riberas de los cielos.

Suelto tiene el riquísimo tesoro
De sus cabellos blondos y rizados,
Que brillan y relucen como el oro
De octubre en las espigas de los prados.

Buscan la inmensidad sus claros ojos,
Que irradian luz en su mirar sereno :

Tiene boca pequeña, labios rojos,
Cuello de nácar y marmóreo seno.

Siempre que llego á verla, me palpita
Acelerado el corazón ardiente;
Me parece que sueña, que medita,
Y que espera mis besos en su frente.

Es púdica, romántica, graciosa,
Y en contra de su sexo y su hermosura,
No puede ser infiel ni ser curiosa,
Ni mentir, ni gastar, ni ser impura.

Después de que á Occidente el sol resbala,
Y su luz melancólica pardea,
Y esconde la cabeza bajo el ala
El ave que en los árboles gorjea;

Cuando aparecen nítidas y bellas,
Derramando sus vívidos fulgores,
Esas, que siempre están, blancas estrellas,
En eterno coloquio con las flores;

Cuando al loco rumor con que ensordece
Á la incansable muchedumbre el día,
Sigue el hondo silencio en que parece
Que están el sol y el mundo en agonía :

Entonces, en mi a'cázar de amargura,
Que jamás el amor viste de gala,
Contemplo á la deidad cuya hermosura
Decora el muro de la humilde sala.

¡Cómo anima la sombra suavemente
Sus pupilas tan dulces y serenas!
¡Cuál tiñe de carmín su casta frente
La sangre que no corre por sus venas!

Parece que me ve, que se retratan
Mis ojos en los suyos siempre bellos,
¡En sus ojos de rayos que no matan,
Porque no está la tempestad en ellos!

Ojos que irradian fe, paz y bonanza,
Con la celeste luz en ellos presa;
Al que los mira infunden esperanza,
Y casta devoción al que los besa.

Cuántas veces, mirando cara á cara
Á esta mujer, capricho del artista,
He llegado á pensar : « Si abandonara
» El lienzo en que aparece ante mi vista,

» Y viera convertirse en un momento
« En verdad la ficción cobrando altiva,

» Fuerza, calor, lenguaje y movimiento,
» Tornándose mujer y estando viva,

» ¿ Causara entonces á mi pecho herido
» Este entusiasmo que á sus pies me trae ? »
¡ Ah ! ¡ yo sé que al amor sigue el olvido !
¡ La flor más bella se marchita y cae !

Yo sé que el fuego que la carne abrasa,
Se torna en humo y en ceniza fría.
¡ Todo se rompe, y atosiga, y pasa
Como el resabio del placer de un día !

Y sé que aquel amor dulce y callado
Que vierte en la niñez sus embelesos,
Es la estrella inmortal del bien pasado,
Encendida entre lágrimas y besos.

Mas del extraño amor que al pecho inspira,
Esta muda beldad, ¿ cuál es el nombre ?
¿ Es sólo verso cuando está en la lira ?
¿ Sólo palabra cuando está en el hombre ?

¿ Es brillante ilusión que se derrumba
Á un abismo sin fondo ni medida ? ...
¡ Es como el fuego fatuo de la tumba,
Que sólo puede arder donde no hay vida !

Pigmalión, adorando á Galatea,
 Á este secreto amor le imprime norma;
 Para llegar al culto de la idea,
 Hay que entrar por el culto de la forma.

¿Es dulce, es melancólica, es hermosa?
 Pues no exijamos más, basta con eso;
 El amor, cual la abeja, va á la rosa :
 Sólo busca la boca para el beso.

Mejor que nada exista en esa frente,
 Ni en esos labios de encendida grana;
 Huyo del sol en el zenit ardiente,
 Y lo busco al rayar de la mañana.

Nada que incendie, nada que destruya
 Nada que canse, nada que carcoma;
 Si queréis un amor que no concluya,
 Todo fe, todo ensueño, todo aroma,

Pensad, al resolver cuestión tan seria,
 Que la beldad encubre un esqueleto
 Que polvo será al fin, porque es materia :
 Pedidlo al arte y lo hallaréis completo.

Al arte, sí, que en medio del abismo,
 Que todo lo amortigua y lo devora,

Ni engaña, ni atosiga, siendo el mismo
 En la sombra y la luz, á cualquiera hora.

Es la existencia en dichas tan escasa,
 Que cuanto abarca en su mejor destello,
 Todo se rompe, languidece y pasa :
 ¡ Todo, menos el culto por lo bello!

PROMESAS VANAS

Han pasado muchos años
Desde aquella dulce vez
En que trémulos y á solas
Juramos amor y fe.
Has faltado á tus promesas,
Y yo he faltado también;
Y tú dices : ¡al fin hombre!
Y yo digo : ¡al fin mujer!
Y ninguno es el culpable :
¡La humanidad así es!
Eras muy rubia y muy blanca;
Tus labios manaban miel :
Yo era niño, con el alma
Sin engaño ni doblez.
Nos encontramos ¿te acuerdas?

Al fúlgido amanecer
De un domingo : tú rezabas,
Y yo rezaba también;
Estábamos en el templo;
Me miraste, te miré,
Y palidecí, y tu rostro
Cubrió mortal palidez;
Y ya ni oímos la misa,
Ni nos dejamos de ver.

Después... recuérdalo, niña
Recuérdalo, sí, después
Pudimos hablar á solas.
¿Qué dijimos? no lo sé;
Juramos constancia eterna,
Mutua dicha, mutuo bien,
Ser en dos cuerpos un alma,
En dos almas una fe,
Amarnos hasta la muerte,
Y tras la muerte también.

Has faltado á tus promesas;
Á mis promesas falté;
Á otro ser le diste el alma;
Yo le dí el alma á otro ser;
Fuimos los dos inconstantes;
Me olvidaste, te olvidé;

Y tú dices « al fin hombre »,
Y yo digo « al fin mujer »,
Y ninguno es el culpable :
¡ La humanidad así es !

EN MEMORIA DEL POETA

MANUEL M. FLORES

(COMPOSICIÓN LEÍDA EN EL LICEO HIDALGO)

Negra pupila, abierta y fulgurante,
Ancha y tersa la frente pensadora,
Reposado el andar, dulce el semblante,
La mano diminuta y tembladora ;
Todo extrañando el peso del turbante,
Del blanco jaique y de la guzla mora :
Así le conocí, cuando sentía
Amor y juventud el alma mía.

Era... ya lo sabéis, el inspirado,
El egregio cantor de los amores ;
El que hablaba el idioma delicado
De las brisas, las fuentes y las flores.